

# AITONA

Quizá ningún período de vida ha visto correr los días con un afán de transformación más grande que los días que corremos. Hasta nosotros existía la permanencia natural de las cosas y la palabra durabilidad tenía un sentido fundamentado; pero se introdujo la máquina en la vida de los hombres; echó la máquina a andar y a correr, y como la máquina no tenía sentido, sino mecanismo funcional determinado, no obstante lo cual creó un estado de hegemonía, he ahí que nos ha sumido el mecanismo en su estado y que los hombres, creadores de la máquina, somos ya hijos de mecanismo.

Las máquinas aran.

Las máquinas vuelan.

Las máquinas navegan.

Las máquinas calculan, tejen, cosen, imprimen; roturan la tierra, lavan, iluminan, escriben...

Podríamos pasar no sabemos cuánto tiempo describiendo las funciones a que están sometidas las máquinas con el más perfecto funcionamiento. Quizá las máquinas lo abarcan todo, todo.

¡Ah!; pero la máquina tiene caminos vedados; y éstos no son otros que los caminos de Dios y aquellos que Dios permitió al hombre, que El creó a su imagen y semejanza: los caminos del razonamiento, del pensar, y los de la conciencia y el sentir.

He ahí el veto.

Y gracias a Dios del veto, que de otra forma la máquina nos superaría.

El hombre, pues, será más hombre en cuanto más sea hombre de sentimientos y hombre de pensar. Hasta la máquina, el raciocinio lo diferenciaba de las bestias; y ahora también de las máquinas.

¿Y quién, quién es más hombre? ¿El hombre hecho para hacer máquinas o el lírico? Probablemente nosotros no estamos capacitados para discurrir cerca de este particular porque la pasión nos lo impide. A fuerza de querer ser imparciales y para que se sepa de quién parte el discurso, debemos confesar nuestra condición innata de enemigos de la geometría y del cálculo. Que seis más seis tengan que ser doce, forzosamente, nos revuelve. ¿Por qué doce? ¿Por qué no ha de haber fórmulas para, sin salirse de la verdad, llegar a otro resultado?

¡Por ahí se fué el hombre a la máquina!  
Y por la máquina está más lejos del paraíso terrenal.

Y ya apenas si quedan hombres que no estén encenagados en el imperio de los artefactos. Para topar un lírico es necesario navegar por el río de la vida corriente y remontarse a aquellas alturas de hace medio siglo, donde nosotros, los vascos, hallaremos, por ejemplo, a Aitona, el último lírico.

¿Quién fué Aitona?

¡Ay, jauna! ¡Fué!...

Aitona, cuyas resonancias habían de alcanzar tan sentidos ecos, no fué el fundador de un lirismo espontáneo, nacido en él y por él; fué un ordenador. Lekobide en el Hernio o Moraza en Gazteiz tienen la misma alcuña que Aitona; sólo que éste acertó a concretar su lirismo en los moldes más rigurosamente vascos.

Aitona dijo:

*Ill naidot lenago  
ikusi baño.*

Pero mientras Aitona sentía así y componía la música más tristemente enternecedora, a sus estrofas le daban pábulo los hechos prehistóricos, las acciones de Lekobide, que poetizó eso, la acción.

Aitona, gramático y filólogo, aunque quizá el autor de la obra gramatical vasca más profunda, tampoco en esto fué original, si bien sí el más consecuente. ¿Quién antes que él pretendió regular las reglas a que obedece, bien distraamente por cierto, la lengua vasca? Muchos; pero también en su favor hay que decir que, probablemente, cuantos con anterioridad a Aitona, se ocuparon del euzkera, lo hicieron por deporte, por pasatiempo, «bide-batez», sin concederle demasiada importancia, mientras que Aitona, como Lekobide en el Hernio, vió toda la tragedia que la lengua de los vascos acarrea a causa de no ser sino natural y no culta, a pesar de su exuberancia portentosa, y entregó su vida perfectamente ilustrada e inteligente, al estudio del vasco, hasta desentrañar la más compleja gramática del vasco vizcaíno.

Labor ingente, monumental, impropia de un poeta, de un lírico. Máxime cuando ésta se producía en Bilbao, en los jardines

de Albia (Abando) y en los momentos en que todas las «inteligencias» bilbaínas y los bilbaínos sentimientos no tenían una fibra sensible que no fuera para la especulación con la «última» mina de hierro hallada. Las ferrerías se hundían apabulladas por las grandes factorías; en Ortuella y Gallarta, Perezagua acaudillaba grupos de nuevo cuño. Esto es: alboreaba una época nueva que hoy vemos en sazón, buena o mala, que no es de nuestra incumbencia diagnosticar; pero materialista. Y ése, ése sí que es el mérito del último lírico. Su bandera ondeaba, orgullosa, mayestática, contra todos los vientos, asido a un lirismo que le venía de Dios, como Lekobide en el Hernio, casi sin huesos, pero aguerrido y cantando estrofas de un mundo inmaterial, pero eterno.

Aitona cantó lo que era de Dios; los hombres se iban tras lo que era sólo de los hombres y he aquí que hemos desembocado en la máquina, en el estómago y en la lucha social, esto es, de hombres.

¿Y qué es de aquello de los hombres que es de Dios?

¡Ay, Aitona, jauna! En el mundo ya no hay liras y sin liras en el mundo tampoco hay hombres de Dios!



Aitona